

Anotaciones de un converso

CRÓNICA DE UN RE-ENCUENTRO
CON DIOS PADRE

ERNESTO JULIÁ

C^e

COBEL EDICIONES

ÍNDICE

ACLARACIÓN PREVIA	11
PRESENTACIÓN	13
INTRODUCCIÓN	20
CAP. I	
UN PASEO POR LA PALMERA, AL ATARDECER	25
LA DESORIENTACIÓN	32
CAP. II	
EN LA MAR, UNA MAÑANA DE AGOSTO	51
LA BÚSQUEDA	64
CAP. III	
LA FRASE ME HIZO SALTAR	77
EL ENCUENTRO	89
CAP. IV	
EN EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD	97
EL DIÁLOGO	107
CAP. V	
EL RELOJERO DE SAN JERÓNIMO	119
LA CONVERSIÓN	129
CAP. VI	
UNA MUJER DE NOMBRE X	143
LA TRANSFORMACIÓN	151
CAP. VII	
LAS TENTACIONES	163

ACLARACIÓN PREVIA

A los pocos días de regresar a Sevilla, después de años en tierras lejanas, recibí una llamada de un antiguo compañero de Universidad. Quería verme lo antes posible. Tardé un tiempo en desenterrar su nombre y su rostro del fondo de mis recuerdos. Al fin lo conseguí. La llamada era apremiante, y me puse enseguida en camino. Se encontraba en un hospital, y el cáncer que le invadía ya casi todo su cuerpo, apenas le permitiría vivir una o dos semanas más.

Cuando llegué a su habitación, lo encontré solo. Ninguna visita interrumpió nuestra primera conversación que, con breves intervalos, duró cerca de tres horas.

Tuve oportunidad de verle dos veces más. En nuestros tiempos universitarios, él había abandonado la fe, y con la fe, toda práctica religiosa. Un crucifijo sobre la mesita de noche; una estampa de la Macarena clavada en la pared, y el haberme llamado a mí, apenas enterado de mi regreso y porque alguien le había informado de mi ordenación sacerdotal, eran claras señales de que todo había cambiado.

El último día que nos vimos me entregó un sobre voluminoso con las páginas que componen este libro. Su enfermedad había sido larga, y comenzó a escribir el día siguiente de ser ingresado en el hospital. Seis meses más tarde puso punto final. Poco después las fuerzas le abandonaron, y aunque sobrevivió todavía tres semanas, no volvió a escribir una línea.

Al darme el sobre me hizo una doble petición: que revisara todo lo escrito, que corrigiera literariamente lo que me pareciera más oportuno y que, si un día llegara a publicarlo, no diera su nombre.

He procurado poner empeño y cariño al cumplir la primera solicitud. Y he revisado el texto en la esperanza de ser fiel también a su segundo deseo. He corregido detalles de estilo, y sin traicionar los hechos ni su significado, me he visto obligado a retocar lo escrito en diversas partes, para que el relato fuera más comprensible. He de reconocer con sencillez que al mantener la narración en primera persona, he tenido que meterme dentro del alma de mi amigo para completar algunos detalles apenas esbozados o explicados. Espero haber acertado; y también en las citas de la Escritura de las que queda constancia; otras las he dejado como estaban.

Quizá me he sobrepuesto un poco al autor. Pido perdón, bien convencido de que no he traicionado en absoluto su manuscrito.

Insisto en que, por desgracia, no he podido añadir el nombre del verdadero escritor de este relato, y de las reflexiones que le acompañan. Me queda, sin embargo, la alegría de haber sido fiel a los deseos de mi amigo, aun dejando clara constancia de que todo sucedió en Sevilla, ciudad, por él, vivida y amada.

Tengo la pena de no haber dado este manuscrito a sus hijos. Se lo insinué. Y fue entonces cuando me dijo que su esposa y el único hijo nacido de su matrimonio habían muerto en un accidente, años atrás.

No puedo concluir esta aclaración sin confesar que, cuando terminé la primera lectura de estas páginas, me animé a llevar a cabo el trabajo que hoy presento al lector, al descubrir los insondables caminos que Jesucristo recorre, para hacerse el enconradizo con quienes le buscan, aunque sólo sea a “tientas”, como le ocurrió a mi amigo.

PRESENTACIÓN

Me decido. Quizá he dado demasiadas vueltas en mi inteligencia, en mi voluntad, en mi imaginación, en mi espíritu, al posible contenido de estas páginas. Tratar de plasmar en un instante del vivir la completa marcha de una historia personal, con un cierto aire de objetividad y de distanciamiento, es prácticamente una tarea ardua y, quizá, inútil. Lo intentaré, consciente de que me quedan pocos meses, e incluso quizá pocas semanas a disposición, y a sabiendas de que la sinfonía será incompleta. Es la suerte de cualquier composición humana y quizá también de las obras divinas, hasta que sean una realidad “la nueva tierra y los nuevos cielos”.

Aclaro que limitaré mi empeño a narrar los acontecimientos que prepararon mi espíritu para encontrar de nuevo a Jesucristo. Desde entonces, y hasta ahora, cuando ya siento cercana su última llamada, he mantenido viva la Fe en Él. Y le doy gracias desde lo más hondo de mi espíritu.

Y es ardua la tarea porque, para desarrollarla se hace necesario llevar a cabo un cierto desdoblamiento de la personalidad, y evitar a la vez que el desdoblamiento se convierta en trastorno. Tengo que verme fuera de mi mismo, sin dejar de estar, ni un instante, en el núcleo más íntimo de mi yo.

Es verdad que, en cierto modo, nos ponemos fuera de nosotros mismos hasta cuando nos miramos a un espejo; y es

también verdad que nunca dejamos de estar como anclados en el centro de nuestro espíritu. Allí palpita el eco de la voz de Dios que nos llama por nuestro nombre al crearnos, que nos expulsa del paraíso cuando nos rebelamos; y que no deja jamás de invitarnos a volver a Él: “venid a mi todos los que estáis trabajados y sobrecargados, y yo os aliviaré”

Es probable que en un momento de su vida, algún hombre decida no preocuparse más ni de su origen ni de su fin. De los caminos hasta su aparición en la tierra, y del motivo, tantas veces escondido y oculto, que le empuja y tira de él, hasta la muerte. Yo nunca he dejado de ocupar mi mente, mi corazón, mi espíritu con esas cuestiones; y no por un desmedido afán de saborear una legitimidad de origen que carecería prácticamente de sentido, sino porque he llegado a entender que sobre la superficie de la tierra todos surgimos del mismo manantial y, a lo largo de nuestra historia, nuestras aguas se cruzan con las aguas de todos los ríos.

Tampoco he pretendido buscar una legitimidad de fines para explicar mi existencia. No he sido yo quien un día decidió nacer: y tampoco he sido yo quien se ha inventado para sí mismo una misión en la tierra. La razón de esa tensión constante y serena ha sido la conciencia clara de estar siempre abierto a nuevas luces, de estar siempre ‘haciéndome’.

Todo, sin haber abdicado de mi frágil condición humana -no menos frágil, por mucho que alce mi grito, y mi protesta-inteligente, libre, y escudriñadora.

Me animo ahora a escribir, convencido ya de que vivir no es sencillamente cumplir la obligación de rellenar ese espacio entre el nacer y la muerte, un entretenimiento para cubrir el vacío entre dos “nadas”. Me he ocupado de esas cuestiones sin llegar a obsesionarme ni con la muerte ni con el nacer. Lo he hecho, sencillamente, porque no me parece razonable inmovilizar mi inteligencia, dejando de escudriñar los dos

instantes del vivir en los que el reto de comprensión es mayor: el origen y el final, el aparecer y el desaparecer de la tierra, el nacer y el morir, ¿por qué?, ¿para qué?, ¿cara a quién?

De vez en cuando, casi con la cadencia del retornar diario del alba y del crepúsculo, a lo largo de los últimos años me ha venido al corazón el deseo de dar comienzo a la tarea de redactar estas líneas. Por mil razones inclasificables, de las muchas que se cruzan casi a diario en la vida de los seres humanos, no he puesto nunca manos a la obra.

Ahora, y con el afán de transmitir la alegría que viví un día al descubrir de nuevo a Dios en mi corazón,, me he preguntado si valía realmente la pena ponerme a contemplar unos momentos gozosos de la vida, cuando ya el cansancio de la enfermedad y de los años se hace sentir más. Mi respuesta ha sido: Sí. Y me he acordado de Pedro Salinas, a quien leí pausadamente en mi juventud.

*- ¡Qué alegría, vivir/ sintiéndose vivido!
Rendirse/ a la gran incertidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo.*

El pensar, en otros momentos, que la empresa no valía la pena, ha quitado alas al empeño de escribir. He de reconocer, sin embargo, que la traba principal para escribir ha sido el pudor innato de no hablar de mí. En estas páginas, las referencias a acontecimientos de mi vida se limitan a los episodios reseñados, por su vinculación más directa y clara con la búsqueda de Dios que bullía en el andar cotidiano de mi espíritu. No haré la mínima mención a detalles de familia, de lugares, de colegios, etc., etc., consciente de que quien vive en estas páginas soy yo, sí; y a la vez, puede ser también cualquier otro hombre que busque a Cristo, que encuentre a Cristo.

De otro lado, mi vida como hombre y como cristiano es

muy sencilla. Bautizado a los pocos días de nacer, recuerdo apenas las primeras clases que me prepararon para una Primera Comunión algo retrasada por los avatares familiares a raíz de los cambios sociales y políticos de una postguerra.

Sucesos corrientes y normales en las familias de entonces, de ahora y de siempre, que llevan escondidos en el silencio con que tantos hombres y mujeres viven la cotidiana heroicidad de la existencia, los sacrificios y penas que comportan. Mis padres formaban parte de esa muchedumbre que tiene en pie el mundo, más allá de las vocerías de los cañones y de los discursos de propaganda.

Ellos sabían bien por quien vivían y para quien vivían, y sin necesidad de demasiados razonamientos ni motivaciones, arrancaban a andar cada mañana en medio de los hijos, hasta los siete que engendraron.

Además de persignarme, sin necesidad de terminar con un beso en el dedo pulgar, y del Padrenuestro y el Avemaría, mi madre más que enseñarme oraciones, alguna de las cuales todavía viene a mi mente y se convierte en palabras al cabo de los años: “Cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos que me acompañan”, me enseñó a mirar al cielo.

Y lo hizo con la naturalidad de su ser madre, más que con los ángeles, hablándome de la Virgen. Me decía que Santa María era “mi Madre del Cielo”. Un día, al acompañarla a la iglesia, me señaló una imagen de la Inmaculada, recién colocada – al menos así lo entendieron mis oídos infantiles- en lugar privilegiado del templo que me acogió al nacer. La imagen me llamó la atención, y me hizo volver la vista hacia Ella cuando salí, siempre de la mano de mi madre.

La normalidad del transcurrir de los días, entre el resto de mis hermanos, las clases de primaria y de secundaria, no dejaba mucho espacio al desarrollo del espíritu, aunque sí a veces al de los músculos. Quizá no contábamos ni siquiera